

La construcción social de la vejez

Texto y foto | **Victoria Camps** [*Catedrática de filosofía moral y política y presidenta del Comité de Bioética de España*]

43

Llevamos pocos años desde el inicio de un nuevo siglo. Es una ocasión para poner la proa hacia temas imprescindibles y el envejecimiento es uno de ellos. Es un fenómeno problemático, incómodo y contradictorio: la población envejece de modo exponencial, pero los tiempos que corren siguen rindiendo culto a la juventud. Eludir la cuestión, por otra parte, solo es signo de cobardía y escasa inteligencia. Si la esperanza de vida aumenta y hay más ancianos que nunca, es forzoso preguntarse qué debe significar el envejecimiento hoy. Digo qué *debe* significar, no qué significa. Lo que significa de hecho, lo sabemos: invisibilidad, peor calidad de vida, soledad, miedo. ¿Qué debería significar?



La vejez no es lo que era. Nuestras referencias están desfasadas. Por ejemplo, la frontera que marca el paso a la vejez sigue estando en los sesenta y cinco años. ¿Quién se siente viejo a esa edad? Aun cuando siga siendo la edad de la jubilación (65 o 67, importa poco ahora), ¿por qué la jubilación tiene que marcar un tránsito hacia la salida (o exclusión) de muchas cosas? Los ancianos pertenecen a las "clases pasivas", ¿en qué sentido? Precisamente, nuestra lengua denomina "jubilarse", que viene de júbilo, a lo que otras lenguas llaman "retirarse". Un término positivo ¿por qué no aprovecharlo? Es inadecuado seguir entendiendo esa nueva etapa como el paso a un estatus "periférico", en lugar de verla como el comienzo de una forma de vivir o una actividad distinta y positiva por lo que puede tener de voluntaria, liberadora, apaciguadora en medio del frenesí imperante.

No seamos ingenuos. No se trata de encomiar a Cicerón y complacerse con los valores abstractos del envejecimiento: experiencia, tranquilidad, descanso, sensatez. Seamos realistas. Si es incómodo enfrentarse a la vejez es porque acarrea una serie de desventajas a las que hay que llamar por su nombre. El envejecimiento trae consigo achaques, enfermedades, atrofias, soledad, dependencia. Hoy la ciencia y la técnica proporcionan medios para atenuar las desventajas de la vejez. Pero no todo depende del desarrollo tecnológico. Como tantos otros fenómenos, la vejez se construye socialmente. Desde los comportamientos socia-

les es posible darle al envejecimiento el valor que merece y que dignifica al conjunto de la sociedad. En el modo de tratar a los mayores, la sociedad se retrata. Para abordar el significado que el envejecimiento debe tener, para abordar la construcción social de la vejez, el mejor método es señalar qué rasgos de nuestra sociedad contribuyen a degradar el envejecimiento en lugar de dignificarlo.

Voy a referirme sólo a uno de ellos, del que derivan otros muchos. Quiero destacar el rechazo de cada individuo y de la sociedad en su conjunto a mirar de frente el envejecimiento, la voluntad de ocultar e ignorar que eso está ahí. Puesto que a nadie le gusta hacerse mayor, puesto que envejecer es un estigma en la era de la imagen, a la vejez hay que disfrazarla para que no parezca lo que es. Disfrazarla significa no aceptar las limitaciones y, lo que es peor, no prepararse para afrontarlas. Está bien condenar el "ageísmo", está bien no convertir la vejez en una enfermedad porque no lo es. Pero ello no equivale a negar que la vida tiene límites. La medicina debe ayudar a los mayores, no engañarles.

"La sabiduría para un viejo consiste en aceptar resignadamente los propios límites. Pero, para aceptarlos, hay que conocerlos. Para conocerlos, hay que buscar alguna razón que los justifique. No he llegado a ser un sabio". Son las palabras de un sabio, Norberto Bobbio, que no consiguió ese grado de sabiduría que consiste en aceptar los límites de la vejez. Es cierto que nada ayuda en nuestro mundo a aceptar limitaciones. La autonomía personal es el valor máspreciado, y las limitaciones la reducen. Incluso la ley de la dependencia se disfrazó de autonomía y se la llamó "Ley de promoción de la autonomía personal". Sí, hay que sacarle partido a la autonomía, el máximo posible. Pero no olvidemos que somos finitos y limitados. Busquemos la dignidad en las limitaciones. Eduquemos desde el principio para aceptarlas en la propia persona y en la de los demás. Sigamos a Rita Levi Montalcini cuando afirma: *"no debemos vivir la vejez recordando el tiempo pasado, sino haciendo planes para el tiempo que nos queda"*.



■ VICTORIA CAMPS

Victoria Camps es catedrática de filosofía moral y política de la Universidad Autónoma de Barcelona. Entre 1993 y 1996 fue senadora socialista, en cuya candidatura participó como independiente.

Es autora de numerosas publicaciones; entre sus libros destacamos "Virtudes públicas", "Una vida de calidad", "La voluntad de vivir", "Crear en la educación" y su última obra "El gobierno de las emociones" publicada en 2011.